

publica por la mañana

5-76

Teléfono Núm. 216.—Dirección telegráfica "ECOS"

Provincia, trimestre 5'00 ptas.

Extranjero, trimestre 7'00 ptas

NÚMERO ATRASADO 15 CÉNTIMOS

GRAN CANARIA ECOS Jueves 5 de Julio de 1917, Las Palmas



Artículos y discursos

Largos meses hace ya que fué lanzado Don Miguel de la rectoral de Salamanca. ¿Quién es su sustituto? Para nosotros, nadie: un burócrata cualquiera, un nombre vano y hueco. Buscóse quien ocupase el lugar abandonado, fué hecho el nombramiento y a su pesar Unamuno sigue aún su labor desde la rectoría. Y la sigue, ahora como antes, llevando de sentido el nombre de la dorada y venerable ciudad. Gracias a ella, Salamanca no se oculta, como avergonzada, tras su preterita existencia histórica sino que afirma marcadamente señalados caracteres modernos—e históricos por tanto. Don Miguel con la experiencia de sus años y la madurez de su cerebro, impidió que la historia de Salamanca se adormeciese, la hizo desear una viva y ágil perpetuación.

Nuevo Mundo publica en su último número el magnífico artículo de Don Miguel que a continuación reproducimos hoy. Todo Don Miguel, sus estridencias, sus arrebatos y su ejemplo constante está en estas líneas. Allí encontramos sequedad manchega y lozania vasca y la certera mirada en dirección a todo, y el cerebro esmeradamente cultivado, y el corazón, en el que alienta la aurora de una esperanza apetecida tanto tiempo ha. Puede decirse en verdad que hoy toda la España moderna alienta la suya a un compás unamuniano. Para los que la forman sea este artículo como el credo del culto a la dignidad personal cuya reincorporación a nuestro espíritu es una de las condiciones precisas para un revivir español.

En las líneas que siguen se hallará un llamamiento apasionado al hombre—en toda su integridad.—Por otra parte, gran parte del credo estético de su autor, en ellas se compendia y resume.

Los que, teniendo por principal ejercicio el de la publicidad con la pluma, o, más concretamente, el de escribir artículos y ensayos, nos dirigimos algunos veces de palabra a las muchedumbres, ejerciendo la oratoria, solemos preguntarnos sobre la respectiva eficacia de una y de otra actividad y sobre las diferencias de su cultivo. Aunque, en rigor, todo articulista que alguna vez pronuncie discursos, y todo orador que alguna vez escriba artículos, no cambian de actividad. El primero suele, en efecto, pronunciar alguno de sus artículos, y el segundo suele escribir alguno de sus discursos.

Parece, a primera vista, que la diferencia estriba en que la oratoria es algo más espontáneo y más de improvisación; pero yo sé de mí decir que improviso casi todos mis artículos y que los escribo como si los dictara—y con tanto calor como un discurso,—si es que no me los dicta, lo que a menudo sucede, un demonio interior como aquel que a Sócrates asistía.

Más de una vez he dicho que prefiero un libro que me hable como un hombre, a un hombre que me hable como un libro; pero esto no quiere decir que un hombre no pueda y deba hablar con precisión y densidad, como no suelen hablar nuestros oradores. Los más grandes discursos que se recuerdan, y que

tes en forma de discurso. Conocemos escritor a quien le entienden mejor aquellos que le han oído hablar.

Otra de las grandes ventajas que tiene el hablar aforísticamente, es que se pueden decir cosas más crudas y más decisivas y más fuertes y cortantes, cosas que, diluidas en un abundoso tejido conjuntivo o tal vez adiposo, chocarían demasiado. Hay un arte de decir crudezas con gran sencillez y como quien enuncia teoremas matemáticos o expone hechos incontrovertibles. Y ocurre a las veces que el auditorio no se da clara cuenta de lo que se le ha dicho hasta que ha pasado algún tiempo, y cuando acaso, si lo que se le dijo le fué adverso, no puede ya protestar contra ello.

Los discursos que no podrían nunca pasar como artículos, son esos en largos párrafos de los que se llama sonoros, con profusión de incisos y exuberancias de epítetos, hechidos de lanas y corchetes, en que se llena con un rodeo de veinte palabras la falta de la precisa, y pronunciados, como en cinta o, si se quiere, película oral, de un irón. A esta peculiaridad oratoria se le suele llamar facundia o facilidad de palabra. Por nuestra parte, confesamos que nos gusta más oír a un hombre a quien se le siente como está iraguando su pensamiento mien-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

quedan como piezas imperecedoras de oratoria, han sido artículos pronunciados, escritos recitados. Y, a las veces, discursos vueltos a redactar por un escritor de raza, como los que figuran en Tucídides, o el maravilloso discurso de Paul Claris—y con qué entusiasmo nos los declamo una vez en cátedra Don Marcelino!, — que rehizo en castellano Melo para su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV.*

Hay una primera y fundamental distinción entre el orador y el articulista, y es que aquél se dirige a la masa, a la muchedumbre, a la colectividad como tal, y al articulista a cada uno de los que la componen. Así, el orador suele empezar diciendo: «¡señores!», o «¡compañeros!», o «¡ciudadanos!», o «¡amigos míos!», u otra expresión así, en plural, mientras que el articulista se dirige al lector, a cada uno de los lectores que componen su auditorio. Porque es auditorio también, y un artículo, cuando es vivo, cuando está dicho, cuando palpita dentro de él un hombre, se oye y no sólo se lee.

Pero esta distinción no es acaso tan absoluta como a primera vista parece. Los habituales lectores de un articulista forman una colectividad, que se siente solidaria al leerlo.

Otra distinción de más consecuencia es que un artículo cabe leerlo con todo el reposo y el despacio que se quiera, y detenerse en cada párrafo y releerlo, si no se le ha entendido bien a primeras, mientras que en un discurso hay que seguir al orador al paso que él vaya, y no se le puede hacer repetir un concepto o una imagen. Y así sucede, que si el orador es algo denso, si es de estilo aforístico y sentencioso, no da acaso tiempo a su auditorio a que se vaya dando plena y cabal cuenta de cada uno de los aforismos, de cada una de las sentencias que les presenta. De donde la necesidad de la paráfrasis y del circunloquio. Hay que dar tiempo a que el público vaya dirigiendo lo que se le diga, sin que importe que luego salga diciendo que diluyó poca doctrina en muchas palabras.

Tiene, sin embargo, el hablar aforísticamente, por sentencias, dos grandes ventajas. La primera, es que como el público que oye un discurso lo lee luego si le pareció substancioso—a la manera que el público de una corrida de toros lee luego la reseña de ella,— consigue que se le lea con más atención, y que, al leerle y sentir bajo el discurso escrito el calor de la voz que lo pronunció, se den más clara cuenta de su contenido. Porque hemos observado que se entiende mucho mejor un artículo cuando se le ha oído an-

tras habla, y aunque tropiece a las veces. Los artículos del mero orador a la mansra viciosa nuestra, del hombre que no tiene más que facilidad de palabra, suelen ser estéticamente insoportables. Deja al descubierto toda la endeblez del organismo de sus discursos.

Una gran ventaja tiene el acostumbrarse a pronunciar o recitar los artículos que se escriben, y es que se les da cierto ritmo, cierto número. La monotomía en el estilo de algunos articulistas, proviene no ya sólo de que nada tienen de oradores, sino de que no oyen los artículos mismos que escriben, de que son en rigor, mudos, y siendo mudos no pueden oírse a sí mismos, aunque oigan a los demás, si es que a la vez que mudos no son sordos.

Y al decir de ese ritmo y ese número de la prosa, no nos referimos a cierta rotundidad de período, a la redondez de los párrafos, ¡no! Hay estilo coriado, esquinado, llenos de aristas y de picos, y que es, sin embargo, estilo oral, oído, conversacional. Así como en algunos dibujos japoneses suele verse las curvas del ropaje reducidas a ángulos, así cabe por motivos estéticos, romper ciertas redondeces de la prosa, reduciéndola a ángulos. Y esta prosa angulosa, esquinada, llena a las veces de cabos sueltos y de remates que no acaban, tiene muy noble abolengo entre nosotros.

Lo que no acertamos a comprender es por qué se le escatima entre nosotros el título de orador al que habla de esa manera esquinada o, si se quiere, conceptista, y se le prodiga al que redondea párrafos adiposos o acaso hidròpicos, y propende al gongorismo. «Es un hombre a quien siempre se le oye con gusto, aunque no sea orador», nos dijeron una vez de un hombre que se hace oír, en efecto; siempre que se pone a hablar. Y contestamos: «pues ese es orador, y no lo es aquel otro que, ensartando con gran facilidad, y sin cortarse, párrafos redondos, no se hace oír en realidad.»

Acaso tengan razón los que creen que la oratoria no es nada distinto del arte del actor, de la recitación escénica, y que un orador ni siquiera necesita haber compuesto él mismo la oración que pronuncia. Y no cabe duda que hay comedias que deben su vida artística más al actor que al autor, y que hay recitaciones más originales y más geniales que la redacción de lo en ellas recitado. En boca y en gesto de un gran actor, pueden decir unas palabras muy otra cosa que lo que intentó decir en ellas el que las compuso. Y hasta puede ocurrir que para aquellos que se las oyeron primero al gran actor, signifiquen luego, cuando las lean, muy



otra cosa que habríanles significado de haberlas leído por sí mismos y sin oírlas. ¡Cuántas sentencias que viven escritas no vivirían, a no haber sido por primera vez, ante el público, puestas de palabra; a no haber sido primero oídas que leídas! Dicen que lo más entusiastas lectores de las novelas de Dickens, eran los que se las habían oído leer en parte. Y tenemos la aprensión de que deben cansar muy pronto a su público los escritores mudos.

Hay que educar al público para que oiga con los ojos, al leer un artículo, y lea con los oídos, al oír un discurso. Y que siempre bajo las líneas de un escritor se sienta la voz cálida de un hombre que nos habla.

Miguel de Unamuno.

El plato del día

Como en Pekin

Aunque parezca raro esto de Como en Pekin, pues según un telegrama del Diario, hay hambre en China y difícil es comer, ponemos Como en Pekin, porque aquí estamos como allá. Además porque hay que hacer un pequeño e inofensivo juego malabar con la gramática y la geografía. No sabemos si vosotros ¡oh, lectores! habéis leído los telegramas del Diario de ayer. El Diario dice: «Comunican de Pekin, que el hambre es muy grande en aquella nación.» Nosotros desde luego no hemos creído que Pekin sea nación, pero los chinos es muy posible que si lo crean. ¡Con lo fácil que es engañar a un chino!

El Diario tiene una ironía geográfica que empieza en la Audiencia... de Canarias, como llama a la de Las Palmas, y termina en Pekin.

Este Pekin es para el Diario un viejo amigo, sin embargo. Ya una vez nos dijo en un artículo: Esto no ocurre ni en Pekin. Y es cierto, las cosas del Diario no ocurren ni en Pekin, y es seguro que en Pekin tampoco ocurra llamar nación a esta capital.

En Pekin hay hambre. En Las Palmas hay hambre también. Y es tal el hambre de Pekin que se tragó la nación entera. Nosotros tendremos que decir para que como en Pekin sea: «En Las Palmas hay hambre; esta nación está perdida.» Y tiene que ser así fatalmente, y ya vérete entonces que esta nación Las Palmas, las cosas que ocurren en esta nación, en Pekin también pueden ocurrir perfectamente.

Y todavía podemos dar gracias al Diario de que no nos dijera como acostumbra: «En una grande hambre de la Nación, Mister Pekin, comunican que en China, (textual).»

La insula

Afortunados llaman a estos lugares que fueron la Atlántida según los clásicos de la antigüedad. Afortunados serán los habitantes o nativos de la insula. De oro son, y de un cariz tan peculiar y enrevesado que es para ponerles música austriaca, decorado y vestuario lujoso.

Todo este preámbulo viene para decir después como se nos van cerrando cada día, cada hora, las puertas de la libertad. Como vivimos de la tenebrosa una cincuenta y del humilde anuncio de a duro y nos va a ser preciso enmudecer económicamente... Ha de limitarse ECOS a la información oficial y al artículo de amena literatura. Sinó los insulares se «enroñan». No hay duda que este debió ser el paraíso de las Hespérides.

Un día, cuando aquella famosa empresa del Circo actuaba, salió para los espectáculos de tal teatro una censura justa. La empresa en lugar de sanarla falta retiró «enroñado» la tarjeta y algunos suscriptores de la empresa se dieron de baja de la suscripción y retiraron unos anuncios. Más tarde, se nos olvidó dar el pésame a un suscriptor porque se le había muerto un hijo. Nosotros, en verdad, no conocíamos a este hombre pero como pagaba su peseta y media, se creyó en el caso de que le acompañáramos en su sentimiento. Como no le acompañamos nos declaró su enemiga abandonando el periódico. Otro día nuestro reporter hizo una información sobre un suceso que recogió inocentemente en los Centros de policía. Unos señores se creyeron doloridos por la información y también nos retiraron su óbolo mensual. Y encima nos calumniaron graciosamente. Si hay una piedra en la calle que pone Juan para que Pedro se rompa la testa, y decimos: —¡Que quiten esa piedra!, Juan dejará el periódico porque vamos contra sus intereses de odio a Pedro. Aquí todo es ir contra los intereses del insular. Si una noche, a las altas horas, sorprendiéramos a un hombre asesinando y robando a

En el Circo de Cuyás

Una carta

La cupletista que actúa en el Cuyás nos ha enviado la siguiente carta que con mucho gusto publicamos:

Sr. Director de ECOS:

Muy señor mío: En el número de hoy y con el título «En el Circo de Cuyás», se hace una revista muy desatinada y falta de veracidad referente a la función de anoche en dicho

